

Capítulo 6: El conde

Los pasillos eran largos, estrechos y húmedos. Varias lámparas de aceite ardían en las hornacinas, iluminando con tenue luz la piedra lúgubre. Mejor así, pensaba Furia. En aquella oscuridad era imposible que alguien los reconociera incluso sin el yelmo. Furia no se lo quitó en ningún momento pese a que allí dentro nadie lo llevaba puesto.

De pronto llegaron a una antesala donde un oficial de mayor rango peroraba y un puñado de soldados rasos escuchaban con atención.

– Tenemos información urgente para el conde –anunció Notas cuando todos los ojos se posaron sobre ellos.

– El conde está en sus aposentos con el sacerdote, ¿qué cojones hacéis en el depósito?

Por un momento a Furia el entraron ganas de mearse de risa. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por retenerse, pero se recompuso. Eran siete. Matarlos no sería un gran problema, pero esperó a ver si el músico tenía algún as en la manga.

– Oh, Ranjit nos ha dicho que... Da igual. ¡El muy cabrón! –inventó.

El Mahasa se dio la vuelta bruscamente y echó a correr por donde había venido. Furia fue tras él. Se oyó la voz del oficial.

– ¡Volved aquí! ¿Qué información es esa?

– ¡No hay tiempo! –gritó Notas alejándose a todo correr.

El tipo soltó una retahíla de blasfemias pero no los siguió. Rehicieron el camino hasta encontrar unas escaleras que no habían visto antes y por las que subieron. El primer piso estaba algo mejor iluminado y había menor humedad. No parecía haber nadie en el pasillo.

– ¿Ranjit? –le preguntó con un deje burlón.

– Es un nombre muy común entre los suná –el músico se encogió de hombros–. Hasta los perros se llaman Ranjit.

Siguieron vagando por aquel laberinto hasta finalmente toparse con un espacio amplio y redondo donde se juntaban dos corredores. La puerta estaba vigilada por un par de soldados con las espadas envainadas.

– Tenemos información urgente para el conde –repitió el músico–, han encontrado a un heterocromo.

– Entonces, ¿era cierto? ¿No fueron exterminados por completo? –se removió uno de los guardias, incómodo.

No hubo tiempo para responder. La puerta se abrió desde dentro y un tipo calvo y bajo de avanzada edad apareció ante ellos. No tenia el porte de un conde, e iba ataviado con una toga celeste. Furia lo adivino: Ganeshe. El sacerdote los miró con unos ojos claros cargados de sospecha y desconfianza.

– ¿Ha usado su poder? –preguntó.

– Sí. Es un hijo de Poseya.

El conde apareció tras el devoto anciano. Un hombre alto, de unos cincuenta años, duro y frugal. Con finas hebras blancas en su cabello castaño y unos ojos oscuros como el azabache que parecían capaces de desentrañar cualquier misterio. Por un segundo, Furia sintió que la desnudaba con la mirada. Luego recuperó la compostura, pero el tiempo se congeló al hacerse un tenso silencio.

– Hablemos dentro –invitó el conde.

Hizo un gesto con la mano invitando a los dos presuntos soldados a entrar en sus aposentos. Notas se movió con premura hacia el interior, como si no quisiera dejar pasar esa oportunidad por nada del mundo y temiera que el conde pudiera echarse atrás. Furia no lo veía nada claro. Había algo extraño en su rostro. Quizá solo fuera una brizna de desconfianza, o quizá fuera algo más. Avanzó tras el músico y ambos se adentraron en la habitación.

Los aposentos eran de lo más espaciosos y varias lámparas ardían y proyectaban sombras que bailoteaban en las paredes. Paredes de las que colgaban tapices de Brahmana, muebles de madera y enrevesadas taraceas al estilo de Corró. Entre los muebles, una modesta biblioteca con una docena de libros gruesos con tapas de piel. Sobre una de las ventanas estaba expuesta una enorme cabeza de uro disecada, cuyos ojos los miraban con aire amenazador.

También reconoció objetos valiosos provenientes de algunas tribus de las Llanuras, pero ninguno relativo a los Kaloshi. Un Pento mucho más grande que el que había visto en casa del sacerdote descansaba sobre una especie de altar junto a una estatuilla que sin duda debía de representar a Limeres.

La puerta se cerró, sacando a Furia de su ensimismamiento y haciendo que se girase instintivamente. Nadie. Nada. No los habían seguido. Estaban solos.